



El necesario debate en ética es asunto de todos

Son muchos los asuntos en los que la ética está implicada. Y no sólo es una cuestión de unas cuantas personas sesudas que se sientan a pensar sobre lo que está bien o mal, sino que son temas debatidos en la calle, por todos los ciudadanos, pues a todos nos afectan: la reproducción asistida, la eutanasia, el aborto, la manipulación genética, la elección de sexo en el niño no nacido, la selección de embriones con fines terapéuticos, etc.

ALEJANDRO FLORIT ROBLES
Master en Bioética

Habitualmente, el ciudadano común no tiene excesivos conocimientos técnicos sobre cada asunto, pero a pesar de ese desco-

nocimiento suele tener una opinión completamente formada de lo que debe ser o no, de lo que es moralmente “bueno” o lo que es “malo”. De este modo, hay personas que afirman

sin ningún tipo de dudas que cuando llegue el momento cercano a su muerte quiere estar completamente consciente, que nunca querría que se le aplicase la eutanasia ni nada que se le pueda parecer. Sin embargo, otras personas afirman que, cuando se acerque su momento, lo que preferirían sería que les pusiesen una inyección que acabase con su vida. Cada uno de ellos cree que hace lo que es más correcto y que lo contrario sería inadecuado. Y estas preferencias personales las generalizan para cualquier familiar suyo y para el resto de los ciudadanos, concluyendo “así es como tiene que ser y no puede ser de otro modo”.

Pero cuando uno escucha o lee el debate sobre estos asuntos, en ocasiones realizados por personas “sesudas” y con amplios conocimientos sobre el tema, el escenario desgraciadamente no se diferencia mucho del anterior. Cada uno, en ocasiones grupos de personas que representan sólo a un sector de la sociedad, también tienen sus posiciones pre-



Todos los seres humanos tenemos una especie de conciencia global que nos alerta de que hay determinadas cosas que no deberían ocurrir

fijadas, con lo que no cabe ningún tipo de discusión entre las diversas posiciones, y menos aún el intento de búsqueda de consenso.

Cuestión de pluralidad

La bioética, cuando nació, se dio cuenta de la pluralidad de posicionamientos en las distintas sociedades civiles. Lo que está bien para unos, en ocasiones está mal para otros. Lo deseable en una situación es indeseable para el otro grupo de personas... Sin embargo, también se percató esta bioética incipiente de que un posicionamiento del tipo “todo es relativo y depende del punto de vista de cada uno” podría llevarnos a un relativismo moral y esto, a su vez, al caos ético. Desde este tipo de orientación todo valdría, y nadie podría censurar una acción de un tercero. Sin embargo, todos los seres humanos tenemos una especie de conciencia global que nos alerta de que hay determinadas cosas que no deberían ocurrir: que alguien mate a otra persona por cualquier motivo, que en otros países las personas puedan estar muriendo de hambre, que un cirujano opere a un paciente sin informarle de las consecuencias posibles de esa operación y sin que

eso pueda suponer ni siquiera una mejora de su estado de salud... Estas valoraciones basadas en mínimos sobre el bien y el mal, sobre lo que es correcto o incorrecto, no dependen de puntos de vista ni de una pertenencia a un grupo o a otro, sino que podrían ser representativas de esa ética global que debería ser exigida a cualquier ciudadano.

No todo vale, pero encontrar cuáles son los mínimos comunes en los que poner de acuerdo a toda la sociedad civil no es nada fácil. Esta orientación supondría encontrar una ética de mínimos en los que todo el mundo pueda decir “a partir de aquí, no debería hacerse”; aunque desde ese punto ya sería una opción personal exigirse más o menos, según las creencias o valores personales, pertenencia a determinados grupos, etc.

Ética de mínimos

Por ejemplo, parece que existe un consenso global más o menos explícito de que uno no debe matar a una tercera persona salvo en defensa propia. Esto representa la ética de mínimos y exige que no se mate a nadie, por muy enfadado que uno pueda estar, y si alguien lo hace, será una acción inadecuada desde cual-

quier punto de vista, sea la persona católica, protestante, atea, agnóstica... Es, pues, algo éticamente incorrecto. Sin embargo, desde una ética de máximos una persona puede pensar que la vida es un bien absoluto y por tanto nunca se debe quitar la vida a otra persona; desde esa perspectiva ni siquiera en defensa propia se justificaría tal acción, pero esto no puede ser exigible para todos los seres humanos, pues sería una exigencia heroica, tan sólo quedaría en el ámbito individual. Si alguien matase a otra persona en defensa propia no podría calificarse, desde la ética de mínimos, de éticamente incorrecto.

Algo así ayudaría mucho en todos los debates éticos. Pero esto llevado a otros terrenos no es tarea fácil, especialmente cuando desgraciadamente se parte de posiciones inamovibles y una parte no quiere escuchar los posibles argumentos de la otra parte. Un maestro mío, Javier Gafo, solía decir, “la buena ética comienza con buenos datos”. Hoy esta máxima raramente se cumple. Cuando uno asiste a los supuestos debates sobre ética, uno no suele ver interés en los participantes por entender la posición del otro, de preguntarse por qué el otro piensa de

Encontrar cuáles son los mínimos comunes en los que poner de acuerdo a toda la sociedad civil no es nada fácil

otra manera y en qué se basa, y a su vez explicar los argumentos de uno mismo. Los debates suelen empezar directamente desde “esto es un asesinato” o “si usted no hace tal cosa y permite ese sufrimiento va en contra de la dignidad humana” y ya está la discusión servida, o más bien dicho, la pelea servida, pues no existe discusión ni argumentación posible.

Otro gran maestro español de la ética comentaba antes de impartir una conferencia cómo le solían invitar a debates televisivos en los que el formato era sentar a un grupo de personas que estaban a favor del tema a debatir en el lado derecho y los que estaban en contra en el lado izquierdo y le preguntaban en qué lado le sentaban; él siempre respondía que aceptaba la invitación gustosamente siempre que le permitieran sentarse en medio; pero nunca le dejaban sentarse ahí, por lo que nunca asistía a esos debates preconcebidos.

Justificar creencias

Es curioso cómo cuando uno se mete en una discusión ética, en lugar de hablar desde un posicionamiento concreto, uno comienza a preguntar al otro que tan visceralmente defiende su posición “¿y por qué piensas eso?”; seguramente ante la primera pregunta la persona sí tiene una contestación, que suele ser una repe-

Elementos para el diálogo

- Escuchar más lo que tiene que aportar el otro antes de hablar de nuestras ideas, procurando comprender por qué el otro piensa de esa manera.
- No hablar tanto de lo que uno cree, sino por qué cree eso.
- Procurar no hablar desde las emociones sino desde la razón.
- Buscar elementos comunes de unión antes de buscar los elementos de desunión, desde la idea de una ética de mínimos.
- No iniciar el debate desde la creencia de “voy a convencerle de que está equivocado”, sino desde la creencia de que probablemente el otro tenga una parte de la verdad que me falta conocer y yo otra parte que él desconoce. Un cuento decía sobre un discípulo en busca de la Verdad cómo su Maestro le dijo que para buscar la Verdad era preciso que tuviese algo por encima de todas las cosas, pero el discípulo le cortó diciéndole “ya lo sé, una irresistible pasión por Ella” pero el Maestro le contestó “¡NO!, con una incesante disposición a reconocer que puedes estar equivocado”. ♥



tición de algo que ha escuchado de otra persona o del grupo al que pertenece, pero si le vuelves a preguntar “y ¿por qué piensas esto?” entonces se queda sin argumentos. Defender una idea de lo que está bien o mal sencillamente porque lo ha escuchado de alguien o porque le han dicho que eso está bien o mal es una posición muy habitual de los niños, pero en los adultos debería estar más elaborada la argumentación y basarse en unos principios justificados (razonados). De hecho, en la vida de los adultos se les exige que justifiquen sus acciones, ¿por qué no exigirnos también justificar nuestras creencias éticas?

Es una necesidad y una obligación ética el retomar el debate abierto en bioética. Obviamente, cada uno de nosotros tenemos opiniones precon-

cebidas, una formación recibida en el colegio, en el seno familiar y desde nuestros grupos de referencia, nuestras propias experiencias previas..., pero cuando uno quiere establecer una ética de mínimos debe despojarse de creencias personales (particulares) para poder acordar unos principios comunes que puedan asegurar una ética global y a partir de aquí cada uno exigirse más o menos en función de sus propias creencias. Sólo cuando se retome este tipo de diálogo, seremos capaces de encontrar la reconciliación de las personas. Sin embargo, últimamente nos estamos separando cada vez más en posiciones polarizadas irreconciliables y escasamente (o nulamente) justificadas, castigando a aquellos que dicen algo “políticamente incorrecto” para nuestro grupo de referencia. ♥